

leza de luchador y el raro poder de su verbo lírico; fuéra de esto, sienten hacia él una respetuosa aversión.

No es lugar adecuado una carta familiar para explicar esta disidencia de mis amigos, en que entran razones filosóficas y razones de temperamento; baste decir que a uno de ellos, uno de los más nobles y altos espíritus críticos de nuestro tiempo, oí, con indecible horror, llamar al Maestro «tonto genial», y «foco de infección espiritualista»; y otro, a quien corresponde la gloria de haber resucitado al viejo Portugal histórico, que dormía en el fondo de vetustas crónicas, cubierto de rapé frailuno, nos pintó a Hugo recientemente, en el prólogo de un libro de versos, como un enorme Sileno, borracho de énfasis, bebiendo de un colosal cántaro de retórica.

Cuanto a la generación nueva, primavera sagrada que da su flor en «esos escritos que aparecen todas las mañanas», como dice púdicamente el Arzobispo de París, esa alude siempre a Hugo misteriosamente, llamándole «el titán», «el coloso», «el águila», «el volcán.» No se puede saber por